

PRÓLOGO

La buena fortuna de los cervantistas ha querido que la vigencia permanente de Cervantes y el *Quijote* se manifieste, entre otras muestras muy diversas, en las muchas novelas que recrean la vida del autor y su principal obra, y también ha querido que los cervantistas de nuestros días hayamos disfrutado del incomparable regalo que han supuesto estos últimos años, desde 2005 hasta 2017, en los que el estímulo de las conmemoraciones ha animado muy vigorosamente el estudio de la vida y de la obra de nuestro autor más universal. Estas dos magníficas señales se dan cita en la buena noticia que supone la reedición de *El misterio Cervantes*, de Pedro Delgado Cavilla, que leí con el mayor interés inmediatamente después de su publicación en 2005.

Habiendo dejado claros los intereses del especialista, cuyo trabajo se nutre y se beneficia de las recreaciones, es justo decir que el novelista que recrea a Cervantes y el *Quijote* asume, entre otros, dos riesgos importantes. El primero es el de espolear el interés que el lector común pueda tener por una obra que se centra en un autor y una novela concretos, y por lo tanto en un tiempo y en unas circunstancias igualmente determinados, y este riesgo no se atempera precisamente en un país como España, en el que la lectura no es una actividad tan frecuentada como quisiéramos quienes nos dedicamos profesionalmente a la literatura. El segundo es desafiar los límites de la realidad histórica, teniendo en cuenta que al novelista que parte de la realidad no siempre se le perdona que la trascienda, como si la novela, por mucho que se atenga a un asunto potencialmente real, no fuera precisamente y sobre todo un grato ejercicio de ficción legitimado para reivindicar la reinención de la realidad a la que se refiere.

Pedro Delgado Cavilla asume y resuelve muy airosamente esos dos riesgos. Por lo que respecta al primero, los hechos son claros: por una parte, una reedición no es el resultado de la casualidad, sino de la oportunidad, y por otra el impacto del cuarto centenario de la muerte de Cervantes deja bien abonado el terreno para que el gran público vea nacer en su ánimo un comprensible interés, o incluso lo renueve y lo refuerce. Por lo que respecta al segundo, las peripecias detectivescas del padre Alonso nos conducen por algunos de los asuntos más apasionantes de la historia de la cristiandad, pero también se atienen a sucesos, en ocasiones sorprendentes, propios de una de las épocas más fascinantes de la historia de España. Ahí es donde la ficción extiende su reinado y puede reclamar sus fueros, reinventando el espacio y hasta recolocando el tiempo, y ahí es donde la interpretación que aspira a ser seria no debería llegar nunca. Digo esto por el disgusto que a veces supone leer algunas interpretaciones audaces con pretensiones de seriedad firmadas por sagaces investigadores paladinamente empeñados en interpretar las claves pretendidamente ocultas del *Quijote* a costa de pergeñar lecturas esotéricas y simbólicas que no por casualidad yo he llamado precisamente «interpretaciones esdrújulas». Déjese esta búsqueda, connaturalmente inacabada en buena hora, para el bendito consuelo de la ficción, a cuyo campo no cabe poner puertas y cuyo disfrute lo es sobre todo porque nos conduce a aquello que nos evade y nos divierte, y por lo tanto nos proporciona placer y hasta nos cura, razones de ser esenciales del ejercicio gozoso que supone leer.

Y si a todo esto se añade un mensaje imprescindible en los tiempos que corren, poco más se puede pedir. Nunca encontraremos el *Speculum cordis*, pretendidamente escrito por el gran maestro templario Jacques de Molay, pero sabremos a través del Cervantes reinventado por Pedro Delgado Cavilla algo que hoy es cada vez más urgente no olvidar: «... solo hay un arma capaz de cambiar el mundo, es el amor, el perdón, y con él, la mano amiga... y desarmada [...] No hay lugares sagrados más allá del

corazón del ser humano». Quienes estudiamos y amamos a Cervantes y nos afanamos en mantener limpio su legado estamos seguros de que la lección de dignidad y tolerancia que supusieron su vida y su obra sintonizan con esta certeza imprescindible para seguir construyendo un mundo más habitable y más justo. Mientras persistimos en ese ideal irrenunciable, no perdamos la oportunidad de acogernos al amable regazo de la ficción.

Santiago A. López Navia

Profesor, escritor y editor

Miembro de la Asociación de Cervantistas, la Cervantes Society of America y la Asociación Internacional Siglo de Oro

Universidad Internacional de La Rioja y

Universidad SEK (Santiago de Chile)

Roma, abril de 1558

La humedad del Tíber y la fina lluvia habían empapado el hábito del anciano padre Guareschi. Avanzaba incómodo y apresurado por la explanada, donde, un siglo después, se levantaría la monumental plaza de San Pedro. Hubiera querido regresar al convento, muy inmediato a la nueva basílica. Pero no podía detenerse, y mucho menos retrasar el encuentro. Le dijeron que eran órdenes expresas del papa. El celoso y contrarreformista Pablo IV vivía una obsesiva cruzada antiprotestante, incluso en sus propios dominios, pues había purgado los conventos romanos en busca de todo tipo de escritos que pudieran ser un atisbo de reformismo. Esto era bien conocido por el padre Guareschi, quien trataba de disculpar esa actitud, tan poco beneficiosa para su Iglesia, enferma de poder. La justificaba porque era un hombre bueno, y la bondad de corazón podía perdonar incluso a un mal pontífice.

El sacerdote no sospechaba que su encuentro era con el Santo Oficio, el organismo predilecto del papa porque le permitía controlar con mano férrea a pastores y rebaño. Pensaba Guareschi que cualquier alto prelado requería de sus servicios como experto bibliotecario de la nueva sede vaticana. No contentos con su propia condición, era frecuente que los príncipes de la Iglesia hicieran pasar por decisiones del pontífice los requerimientos propios. No por humildad, sino, precisamente, por lo contrario, pues cuando decían que una orden personal era del papa, no hacían más que traicionarse y mostrar cuánto querían ocupar su lugar.

Le había ocurrido en otras ocasiones. Incluso a deshora, como llegan las peticiones de los poderosos, más cuidados de ellos mismos que de no ser inoportunos. Algún cardenal enviaba a cualquier precipitado Hermes para así disponer de una obra excepcional. «Hermes», sí, no tanto por lo que tenía de mensajero como de dios del hurto, pues era frecuente que los libros no

se restituyeran. Pero el padre Guareschi se había inventado un truco, el mismo que utilizaban los purpurados. Enviaba una comitiva con deliberada pompa, para recoger el libro prestado, alegando que «El santo padre tiene el gusto de leerlo». No fallaba.

Entró por el atajo que los albañiles y artesanos utilizaban con tanta frecuencia, aquel que, en tono de conciliábulo, se denominaba puerta del Llanto, porque era la que altos dignatarios utilizaban para ciertas salidas a la ciudad, de las que con mala conciencia volvían directamente a los confesionarios.

Al anciano le gustaba el brillo que el pontificado pretendía imprimir a la ciudad, pues, aunque se consideraba profundamente romano —a pesar de ser calabrés— y sentía a Roma como centro del mundo, también la consideraba sucia y cargada de olores hediondos a hervidos y orines. Lo achacaba al hacinamiento de las casas baratas, muy próximas a su convento.

Pero con todo, lo que más le desagradaba era el penetrante olor de la humedad. Un algo que rezumaba la vejez de las piedras. Fría y sucia humedad que caracterizaba tanto a mansiones y conventos como a callejones infectos. El olor de lo viejo le suscitaba ideas de impotencia, de amargura. Pegajosa humedad de las piedras que también identificaba con el olor de la mentira.

La verdad, en cambio, debía de emanar cierta luminosa blancura, cargada de transparencias, y una frescura ligera. La verdad —para Guareschi— se asimilaba a la risa de las ninfas en las fuentes. No es que creyera en seres mitológicos (aunque media Roma amaba a Dios los domingos y perseguía a las náyades los demás días de la semana), pero en Calabria, siendo un niño, cuando pastoreaba las ovejas con su hermano en el monte, oyeron voces como de cristal. La curiosidad los llevó a un bosquecillo cercano, donde había un tímido manantial que pendía de una roca; bajo él descubrieron dos muchachas a medio vestir, cuyos más delicados secretos ocultaban el agua y las risas. «¿Quiénes son?», preguntó. «Ninfas», repuso su hermano en voz baja para no ser descubrier-

tos. «¿Qué hacen?» «Ríen –volvió a responder–. Son ninfas, pero si te mueves o hablas, desaparecerán». Y ahí quedaron en silencio, no recordaba cuánto tiempo.

Con los años, supo que no había ninfas en las fuentes, pero no pudo olvidar esas risas que tenían el frescor de la inocencia.

Ahora, con la blancura de sus mármoles nuevos, las grandes salas y la luz que todo lo traspasaba, pensaba dichoso que Roma quería enamorar al mundo nuevamente, y que sus magníficos edificios vaticanos serían el símbolo de la buena nueva, de su inocente alegría, en la que creía y a la que dedicó su vida.

Atravesó el largo y amplio pasillo con la severa mirada del *Moisés* de Miguel Ángel. Otras veces lo observó, sintiéndose reconfortado. En verdad, aquello era una copia hecha por el propio artista, pues el original adornaba la tumba del papa Julio II, fallecido hacía años.

Desde que se expusiera tan magna escultura, y pese a que esta conservaba el punto de vista más alto que el del espectador, se decía que cuando alguien al alejarse se volvía y sentía la dura mirada del profeta de Israel, era por haber hecho una mala confesión. Pero al padre Guareschi jamás le pasó algo así. Por otra parte, su vida únicamente era la oración y los libros.

Según se acercaba a la biblioteca, oyó un rumor. Su secretario, Pietro, y sus jóvenes ayudantes, a un lado, observaban atónitos una inusitada escena. Varios dominicos, que no se habían dignado a esperar al bibliotecario, con aparente frialdad, recorrían los anaqueles de la enorme sala, sacando algunos libros que directamente tiraban al suelo. El padre Guareschi conocía de sobra los entresijos de su querida Iglesia. Solo le bastó ver los hábitos de sus visitantes para comprender: el santo padre había enviado a los inquisidores. Por eso, aunque cada libro tirado al suelo era como un golpe en su cansado corazón, no dijo nada.

Pero, ¿era celo religioso o se dejaba ver un impuro rasgo de maldad en aquel ejercicio expurgador? Guareschi asistió silencio-